

1970

FERNANDO VALERA



....y México salvó el alma  
de la  
España errante



FERNANDO VALERA

....y México salvó el alma  
de la  
España errante

...Y MEXICO SALVO EL ALMA DE LA ESPAÑA ERRANTE

por *Fernando Valera*.

Palabras de introducción al Coloquio celebrado por el Ateneo Iberoamericano de París, el 16 de Enero de 1970, bajo la presidencia de Marcel Bataillon.

Cuanto yo había de decir sobre el problema de cómo la América Latina ha salvado la cultura española desterrada, fue dicho en la velada que el Ateneo Iberoamericano consagró a evocar la memoria de Juan Ramón Jiménez, en el aula del Instituto Hispánico de la Sorbona y con la presidencia de Miguel Angel Asturias que calificó aquella charla mía de poema o canto al exilio.

Sólo unas consideraciones quiero añadir ahora. La cultura del exilio no es sólo la literatura y la poesía. Lo que salió al exilio en 1939, lo que sigue saliendo continuamente para alimentar el gran caudal a medida que los años y los desengaños lo consumen, no fue un partido, ni una aristocracia —siquiera fuere la de la inteligencia—, ni una clase social, sino un pueblo: el pueblo liberal y republicano. Al cual pertenecían, claro está, los literatos y los poetas, pero sin agotarlo ni resumirlo.

Verdad es que ellos, singularmente los poetas en razón de su propio menester, misión u oficio, eran los llamados a expresar, por todos los demás, la idea eterna del dolor, de la protesta y de la esperanza.

Cuando, pues, ese pueblo desterrado salió al exilio en 1939, se llevó consigo un tesoro de cultura popular, libre, democrática, que también era y sigue siendo una parte considerable del patrimonio tradicional de España. Quedó allí la otra mitad, no por antagónica despreciable. España somos todos, ellos y nosotros, la España vencedora y la España errante, y también y sobre todo la España silenciosa. Caín y Abel, pero también Seth y sus otros hermanos ajenos al crimen que fueron los que

perpetuaron la raza humana.

¿Qué sería del patrimonio cultural que se iba con la caravana de los desterrados? ¿Estaría condenado a encharcarse, cormromperse o evaporarse en el tremedal del exilio? El poeta Luis Cernuda ha expresado a maravilla esa nostalgia de la patria perdida y ese presentimiento de la muerte, en el romance UN ESPAÑOL HABLA A SU TIERRA que nos ha recordado ahora el bardo Paco Ibáñez:

Las playas parameras — al rubio sol durmiendo,  
los oteros, las vegas, — en paz, a solas, lejos...

Los castillos, ermitas — cortijos y conventos,  
la vida con la historia — tan dulces al recuerdo.

Ellos, los vencedores, — Caínes sempiternos,  
de todo me arrancaron, — me dejan... el destierro.

Contigo, solo, estaba, — en tí sola creyendo.

Pensar tu nombre ahora — envenena mis sueños.

Amargos son los días — de la vida, viviendo,  
sólo una larga espera — a fuerza de recuerdos.

Un día tú, ya libre — de la mentira de ellos  
me buscarás. Entonces — ¿qué ha de decir un muerto?

¿O por el contrario, venciendo al destino, una vez más,

esa España creadora, mística, erasmista, ilustrada, liberal, revolucionaria, pasearía por el mundo su canción, y la volvería mañana enriquecida, laureada, gloriosa, a la patria redimida por la paz, por la libertad, por la concordia, cuando se extinguieran los odios del crimen y cuando Caín se escondiera —que se esconderá un día— debajo de la tierra, huyendo de la voz acusadora de Jehová: “Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?”.

También esta otra actitud, o mejor diríamos este otro momento del alma del destierro, ha sido admirablemente recogida por la lira rota de León Felipe:

Hay dos Españas: la del soldado y la del poeta.  
La de la espada fratricida y la de la canción  
vagabunda. Hay dos Españas y una sola canción,  
y ésta es la canción del poeta vagabundo:

Franco, tuya es la hacienda,  
la casa,  
el caballo  
y la pistola.

Mía es la voz antigua de la tierra.

Tú te quedas con todo y me dejas desnudo  
y errante por el mundo...

Mas yo te dejo mudo. ¡Mudo!

¿Y cómo vas a recoger el trigo  
y a alimentar el fuego,  
si yo me llevo la canción?

Mas para mantener viva esa tradición cultural, para pasear por el mundo la canción de la España eterna, había menester encontrar asilo, espacio y auditorio. El trabajador español —el admirable trabajador español, diestro, honrado, incansable— podría hallar en cualquier parte tierra donde hincar el arado o fábrica en que empuñar las herramientas; el soldado, tal vez derrotado pero jamás vencido, soldado del pueblo, podría mostrar la fuerza de su brazo y la valentía de su corazón en cualquiera de los campos de batalla o de tortura donde se peleaba y moría por la libertad; pero el poeta, el profesor, el hombre de ciencia, el ingeniero, necesitaban para que no se les agostara el caudal de su cultura, un auditorio, un espacio y una lengua. La América latina —que en buena parte es también patrimonio cultural de España— les ofreció providencial y generosamente ese auditorio, ese espacio, esa lengua. Y así fue como pudo escribirse esa otra página, no menos gloriosa que la de los combatientes y los mártires, que se llama la obra cultural de la España Peregrina.

\*

\*

\*

Tanto América como la España de allí, de allende el Pirineo, a pesar de los Caínes sempiternos, comienzan poco a poco a conocer y reconocer la admirable gesta de la cultura desterrada. Bien pronto, aun antes de que los triunfos internacionales de los Juan Ramón Jiménez y los Ochoa Albornoz, de los Madariaga, los Pablo Picasso, los Casals, los Sánchez Albornoz, resonaran como aldabonazos a las puertas del Pirineo sobresaltando la conciencia aletargada de la España solariega y redescubriéndole la verdadera efigie de la España Errante, libertada de la mentira de ellos, bien pronto, digo, hubo espíritus rectos y agudos que comenzaron a proclamar "la verdad nuestra".

No debo pasar por alto el nombre del filósofo J. López Aranguren que, a mi conocimiento, fue el primero en reivindicar desde Madrid, en CUADERNOS AMERICANOS el honor de la España Peregrina; y el primero en tender el puente del diálogo —y yo el primero en aceptarlo—, hace de esto ya muchos años. Verdad es que a J. L. Aranguren le ha costado la cátedra y el ostracismo, si a mí me costó desafiar la incomprensión y la dentellada de nuestros "Caínes sempiternos"; porque también entre nosotros los hay, aunque por fortuna no hayan logrado nunca que su cainismo prevaleciera.

Comentando aquellas palabras de Aranguren decía el editorialista de MUNDO HISPANICO, en el No. 84, correspondiente a Mayo de 1955: "Casi todos los que hace quince años —ahora hace más de treinta— se exilaron, españoles como los otros, han hecho o rehecho sus vidas al limpio golpe de su trabajo cotidiano"; y añadía: "Gentes que honran, al margen de sus ideas peculiares, a la patria de sus padres y a la de sus descendientes".

Y por lo que se refiere a la estima que la América acogedora otorga hoy a la epopeya cultural de la España desterrada, aténgome a las palabras que el Ministro de Educación mexicano Dr. Agustín Yáñez, pronunció en nombre del Presidente Díaz Ordaz durante la última celebración del 14 de Abril en la capital azteca, llevando la galantería de la hospitalidad mexicana hasta el extremo de proclamar que era él, México —y quien dice México podría decir toda América— el que se considera deudor del exilio republicano, por la gran aportación que ha prestado al desarrollo cultural y económico de los países de asilo.

Muchas cosas más podría decir. El hecho de haber dado dos veces la vuelta a toda América y encontrado en diversas capi-

tales a las personalidades más representativas de la cultura des-  
terrada, me ha ilustrado especialmente sobre el volumen y ca-  
lidad de las tareas desarrolladas por mis compatriotas y corre-  
ligionarios, y también sobre sus repetidas emigraciones y des-  
tientos, cada vez que en los países de asilo se instauraban Dicta-  
duras militares —o pseudo-revolucionarias— que les obligaban  
de nuevo a liar los bárturos y marchar, como vulgarmente se  
dice, con la música a otra parte, en busca de nueva tierra de  
asilo donde seguir entonando su canción.

Pero no quiero ni debo extenderme más. Terminaré di-  
ciendo que para algunos de los peregrinos llegó ya, o llegará  
algún día, el lugar de reposo en algún albergue de camino, o en  
la patria recobrada; para otros entre los cuales me cuento no  
habrá ya reposo jamás, porque el andar errante será la esencia  
eterna de nuestra alma peregrina. Todos los lugares del universo  
no serán sino estaciones de tránsito hacia una patria ideal inexis-  
tente, en la vida y en la muerte. O como dijera el poeta León  
Felipe en su Canto del Cisne:

Un día yo escribí estos versos:

“Ahora de pueblo en pueblo,

errando por la vida.

Luego de mundo en mundo, errando por el cielo.

Lo mismo que esa estrella fugitiva.

¿Después...? Después...

Ya lo dirá esa estrella misma,

esa estrella romera

que es la mía,

esa estrella que corre por el cielo, sin albergue,  
como yo por la vida”.

Ahora aquí, en este mundo,

todo son estaciones;

luego, allá arriba, en el espacio infinito,

todo son estrellas.

No hay que desmayar:

ahora, de estación en estación;

luego, de estrella en estrella...

